

¿AUN NO VIENE EL RELEVO?

Repetidas veces hemos leído á la prensa de varios matices lo inconcebible y lo infructuoso de la continuación del gobierno general de Cuba en manos del general Veyler. Optimismos, promesas mil, toda suerte de garantías ofrecidas á la patria con la más supina ignorancia y ligereza han sido la cantinela, la nota cómica y ridícula de este general en que ha ofrecido mil veces la terminación de la guerra y la pacificación de la Isla. Nadie y mucho menos militares han hecho promesas tan á la ligera por ser gente regularmente seria alabándose de sus *portentosos* éxitos. *Palabras son palabras*, dicen los aragoneses hablando de la infidelidad de las mujeres de su tierra *y cartas son cartas*, repiten ellas... á lo que acompañan, *palabras de los hombres, todas son vanas*.

Aquí nosotros parodiando el estribillo de la hidalga y noble tierra aragonesa, diremos:

Promesas son promesas,
cartas son cartas,
palabras del *gran* Veyler
todas son vanas.

Por lo que puede leerse:

VERGÜENZAS

El Diario de la Marina, periódico de la Habana, inserta el siguiente artículo, que pone de manifiesto la gangrena que corroe aquella Administración.

«El contraste—dice—no puede ser más tremendo. Si mirais hacia un lado vereis, junto al barracón levantado por la caridad oficial, una turba famélica que inspira compasión y espanto á un tiempo mismo: *niñas lacradas por la miseria y la prostitución* hombres macilentos y escualidos, casi autómatas. con el hambre pintada en el amarillento rostro; madres

que ya no lo son, *porque han perdido hasta el instinto de la maternidad*; todos hacinados en montón como una masa informe de carne humana de desecho: son las víctimas de la guerra, arrojadas sobre el arrecife por la ola sangrienta de la insurrección: compadecedlas, si no podeis hacer por ellas cosa de mayor utilidad.

Mirad en otra dirección. Dos, cuatro, seis grandes y pesados vehículos, el uno tras el otro, como en procesión trístisima, atraviesan lentamente las calles de la ciudad, llenas de alegría y bullicio: son los ómnibus de la Sanidad Militar que conducen del hospital al muelle á los soldados heridos y enfermos que van á embarcarse para la Península. Por los abiertos ventanillos de los ómnibus véanse caras terrosas, manos descarnadas, ojos hundidos, miradas de tedio y de sombría resignación y cuerpos lacios que se abandonan, como quien ha hecho renuncia de todo, al violento traqueteo del vehículo. son las víctimas y al propio tiempo los héroes de la guerra; lozana juventud de ayer, cuyos alegres veinte años, llenos de promesas y esperanzas, quedaron enterrados entre la manigua traidora ó bajo las verdinegras aguas del pântano infecto.

Cambiemos de decoración. En un soberbio apartado del más lujoso restaurant se celebra una fiesta íntima. Alrededor de una mesa espléndidamente servida, ante manjares tan costosos como esquisitos, rociados abundantemente con Champagne que burbujea en las copas de finísimo cristal, unos cuantos amigos, que son socios, *celebran la creciente prosperidad de sus asuntos*. Aquel tanto por ciento de corretaje, aquella pingüe comisión, *aquella productiva contrata y aquellos otros habilísimos manejos* para cuya decorosa expresión no hay todavía giros bastante suaves y flexibles en nuestro ya rico *argot* escandaloso administrativo, habían llevado viento

en popa los negocios de los animadísimos comensales.

En poco más de dos años de «trabajo,» es decir, en poco más de dos años de guerra desoladora, han visto fluir hacia sus cajas un verdadero chorro de oro, á cuyo embriagador recuerdo, aquellos amigos, aquellos socios levantaron sus copas, chocándolas en lo alto, y brindaron por que continuase fluyendo hacia sus bolsillos el precioso metal, sin acordarse ni por un momento de que aquel chorro de oro brotaba, mezclado con sangre, del corazón mismo de la patria.»

Vamos, que por lo visto, hay necesidad del relevo de dicho general y hacerle el obsequio de pasarlo con todo lo visto á la reserva.

Amor y guerra

Dins sa cambra senzilleta
y ab lo cap sobre son llit
semple plora la Roseta
sempre plora, día y nit.
Son los seus plors d' anyorança
puig un barco se l' hi ha endut
lluny molt lluny á s' esperança
al sér, per son cor volgut.
Se l' hi ha endut á llunya terra
se l' hi ha endut per 'na á lluytá
per la Pàtria qu' está ab guerra
¡malehit qui la portá!

Allá en terra caldejada
pe 'ls raigs del sol tropical
sostenen lluyta empenyada
hom ab hom, igual á igual.
D' entre 'l brugit y fumera
surt eix crit que trenca 'l cor,
«ladeu Roseta encisera!
¡t' he estimat fins á la mor!»
Un soldad ferit á terra
ha caigut per defensá